

JUAN VILLORO

8.8: EL MIEDO EN EL ESPEJO



JUAN VILLORO
8.8: EL MIEDO EN EL ESPEJO
UNA CRÓNICA DEL TERREMOTO EN
CHILE

CRÓNICA

DERECHOS RESERVADOS

© 2010 Juan Villoro

© 2020 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
México, D.F.,
C.P. 11800.
RFC: AED140909BPA

www.facebook.com/editorialalmadía

@Almadía_Edit

Edición Digital: Agosto de 2020

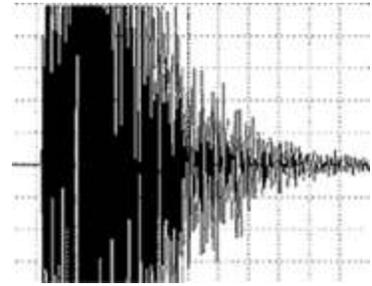
ISBN: 978-607-8667-95-6

En colaboración con el Fondo Ventura A.C.

y Provedora Escolar S. de R.L. Para mayor información:

www.fondoventura.com y www.provedora-escolar.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, si la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



JUAN VILLORO
8.8: EL MIEDO EN EL ESPEJO
UNA CRÓNICA DEL TERREMOTO EN
CHILE



Almadía

*En Chile: a Andrés Braithwaite, Kristina Cordero,
Rafael Gumucio, Nora Preperski y Antonio Skármeta*

*En México: a Elisa Bonilla, Daniel Goldin,
Francisco Hinojosa y Laura Lecuona*

TRES VECES NERUDA

Anoche
vino
ella,
rabiosa,
azul, color de noche.
roja, color de vino,
la tempestad
trajo
su cabellera de agua,
ojos de frío fuego,
anoche quiso
dormir sobre la tierra.

“Oda a la tormenta”

El hombre
separará la luz de las tinieblas
y así
como venció su orgullo vano
e implantó su sistema
para que se elevara el edificio,
seguirá construyendo
la rosa colectiva,
reunirá en la tierra
el material huraño de la dicha
y con razón y acero irá creciendo
el edificio de todos los hombres.

“Oda al edificio”

Poros, vetas, círculos de dulzura
peso, temperatura silenciosa,
flechas pegadas a tu alma caída,
seres dormidos en tu boca espesa,
polvo de dulce pulpa consumida,
ceniza llena de apagadas almas,
venid a mí, a mi sueño sin medida,
caed en mi alcoba en que la noche cae
y cae sin cesar como agua rota,
y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,
y a vuestros materiales sometidos,
a vuestras palomas neutrales
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos, y callemos, y campanas.

“Entrada a la madera”

PRÓLOGO

UN MODO DE DORMIR

Mi padre siempre ha dormido en pijama. Lo recuerdo en las noches de mi infancia con una prenda azul clara, de ribetes azul oscuro, y así lo veo cuando lo visito a sus ochenta y siete años en sus ocasionales cuartos de enfermo.

En la adolescencia adquirí una costumbre que no pasó por la reflexión ni por sólidas argumentaciones, pero que - como todo en aquel tiempo- tuvo un peso simbólico: dormir sin pijama. Para alguien formado en la era del rock y la psicodelia, que soñaba con el lado oscuro de la luna, la ropa de noche significaba un resabio demasiado infantil o demasiado formal.

La pijama estaba bien para los personajes de *Peter Pan*, que se servían de polvos de hada para volar de noche rumbo al País de Nunca Jamás. Tomar esa ruta significaba asumir un credo: "No crecerás".

La infancia perpetua no me interesaba por entonces. Años después buscaría recuperarla parcialmente a través de la literatura infantil y las crónicas de fútbol.

Pero la pijama también podía representar lo contrario a la pueril inocencia: una ropa para el deterioro, la vejez, las costumbres de quien tiene demasiadas pastillas en su mesa de noche.

Dormir en camiseta y calzoncillos significaba evadir la infancia y posponer la tercera edad. Nunca verbalicé esta ética de *budoir*, pero la asumí como una inflexible superstición cultural.

A lo largo de los años, la vida no me deparó contacto con gente en pijama. Del mismo modo en que de pronto descubres que todos tus amigos responden a sólo tres o cuatro signos del zodiaco, las personas que me tocó en suerte ver dormidas no usaban uniforme para soñar; se acostaban con las ropas descuidadas y escasas de quien se

encuentra mal vestido para cualquier otra actividad y eso le parece comodísimo.

Hay casos más radicales. Michel Tournier confiesa que en sus sueños siempre aparece desnudo. Esto se debe a que se mete en la cama sin ropa alguna; dormir significa para él un nacimiento al revés: un desnacer. Llevar algo puesto, así sea una breve prenda interior, le parece un despropósito, una intromisión en el acto primordial de volver al origen.

Para gente como yo, que padece escalofríos y cree que los calcetines de lana protegen el alma, la postura de Tournier no es llevadera.

Hay dos clases de durmientes extremos: los que usan ropa específica y los que no usan ninguna. En medio queda el resto, que durante años supuse una abrumadora mayoría.

A veces, al recorrer el pasillo de un almacén, me sorprendía que aún se vendieran pijamas, camisolas y blusones vagamente nocturnos. Suponía que eran comprados por nostálgicos, o por gente como mi padre, que sólo se enferma y cae en cama si su pijama está lista.

Los cuentos infantiles ponen en contacto con la delgada frontera entre la realidad y la fantasía. Muchos de ellos dependen de artilugios y recursos nocturnos, como el sueño, la hipnosis, la confusión de las sombras que tanto conviene a los fantasmas, las doce campanadas, los deseos que sólo se cumplen a medianoche.

Nunca había participado en un encuentro de literatura para niños. El Congreso Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil, organizado por la editorial SM, me depararía esa primera ocasión en Chile. Hablaríamos de espadas que obedecen exclusivamente a su dueño, libros hechizados, mujeres que pierden la sombra, espejos que nada reflejan, bosques donde los caprichos se convierten en plantas, doncellas imposibles y la peor señora del mundo.